

Comida para peces

Margarita Borges

¿Todos tenemos una herida en la cabeza? ¿O solo yo sangro palabras?

Marco Antonio de la Parra

Personajes:

CARL, *treinta años*

MARC, *cincuenta años*

Habitación sombría de hospital psiquiátrico. Dos camas personales. Una ventanita cerrada por la que se cuela un poco de aire y luz. SUEÑO CON CARACOLES. Carl y Marc acostados pero despiertos.

MARC: *(Susurrando.)* Oscuro. Oscuro Carl. Cada minuto de silencio me hace un hueco en el cráneo, cada vez más profundo, el olor a tiempos felices... Oscuro con rayitas lumínicas. Tengo la cabeza llena de caracoles que vibran y algas ondulantes cosquilleándome los oídos hasta el dolor. Intento dormirme y no puedo. ¿Qué hora es?

CARL: Hace tiempo estás así. *(Se duerme.)*

MARC: A veces, oigo los gritos de los ahogados porque también fui uno de ellos. Estuve en el mismo lugar, Carl. Un puro infierno. *(Aprieta lo ojos y recuerda caras transformándose, despedazados... Carl despierta. Ya Marc está sentado en su silla de ruedas, atado. Una venda con sangre le cubre los ojos y parte de la cabeza. EN PAZ. Carl se tira en el suelo al lado de sus relojes.)*

MARC: Carl.

Carl. ¿Estás vivo?

CARL: *(Sin mirarlo.)* Sí.

MARC: ¿No te ahogaste Carl? *(Intenta pararse pero no lo logra.)*

CARL: No.

MARC: ¿Yo estoy vivo?

CARL: Sí.

MARC: ¿Dónde estamos ahora?

CARL: En casa.

MARC: Di que se acabó todo por favor. Di que ya estaré tranquilo para siempre.

CARL: Estás vivo, todavía.

MARC: ¿Estás seguro? ¿Mamá está viva? Siempre he tenido miedo de que se muera.

CARL: Pendejo.

MARC: Cada vez que sueño con su muerte me despierto llorando. ¿Cuándo vendrá mamá?
¿Estará bien?

CARL: *(Lo mira.)* Pendejo.

MARC: No me digas así. Yo soy un hombre, Carl. ¿Quieres ver cómo paso los dedos por el fuego sin quemarme?

CARL: Lo he visto muchas veces, desde que éramos niños.

MARC: ¿No quieres verlo de nuevo?

CARL: No.

MARC: ¿Quieres ver mis güevos entonces?

CARL: No.

MARC: Te los muestro.

Marc intenta bajarse el pijama. Las manos atadas se lo impiden.

MARC: No puedo. No puedo.

CARL: Te dije que no quiero verlos.

Marc intenta ahora con la boca. Tampoco lo logra.

CARL: ¿Por qué te gusta tanto eh, Marc?

MARC: ¿Qué cosa? *(Sigue intentándolo.)*

CARL: El fuego.

MARC: No sé. Ha sido siempre así.

CARL: ¿Te divierte?

MARC: Más que eso. Siento cosas.

CARL: ¿Cosas? Estás loco.

MARC. No puedo evitarlo. Es como orinar. Eso.

CARL: ¿Por qué será, eh?

MARC: Porque sí. Me gusta su color.

CARL: ¿Y ahora?

MARC: ¿Ahora qué?

CARL: Ahora mismo no puedes ver. ¿Por qué te sigue gustando?

MARC: No sé. Cuando era chiquito me escondía en el baño para quemar cosas: papelitos con teléfonos, cartas viejas de cuando mamá y papá se conocieron, las hojas secas que amontonaban en el patio, de todo. ¿Te acuerdas?

CARL: No.

MARC: Hacía una enorme pila y la quemaba en silencio, y eso me divertía mucho. Luego cuando sentían el olor querían tumbar la puerta porque pensaban que era yo el que ardía.

CARL: Luego te llevaron al médico.

MARC: ¿Te acuerdas?

CARL: Eso hacen los padres cuando tienen miedo.

MARC: Empecé a tragar pastillas como un loco.

CARL: Hubieras quemado la casa con tus fueguitos.

MARC: Tal vez. En este país nadie está muy bien de la cabeza.

Marc se va unos instantes de la habitación. Sale por el techo. Desde arriba ve el mar en llamas. Regresa. Otra vez ve rayas lumínicas.

MARC: CARL. ¿Qué estás haciendo ahora?

CARL: Lo de siempre.

MARC: Exactamente qué haces ahora.

CARL: En este preciso instante pongo la lupa en mi ojo derecho y miro.

MARC: ¿Me traes acá la lupa?

CARL: ¿Para qué la quieres?

MARC: Para tocarla.

CARL: Estoy ocupado. No me distraigas.

MARC: ¿Qué ves?

CARL: Lo mismo de siempre.

MARC: Ya lo sé. Me lo acabas de decir, pero quiero saber exactamente lo que ves.

CARL: ¿Para qué?

MARC: Quiero saber si es divertido lo que haces.

CARL: No tiene que serlo.

MARC: Entonces para qué lo haces.

CARL: Es mi trabajo.

MARC: ¿No te cansa? ¿No te aburre tu trabajo?

CARL: No.

MARC: ¿Por qué trabajas aquí?

CARL: Porque me gusta.

MARC: ¿Te gusta?

CARL: Demasiado sucio para funcionar.

MARC: ¿Qué dices?

CARL: Que está muy sucio.

MARC: ¿Está bonito ahí dentro?

CARL: Como todos.

MARC: Entonces está bonito.

CARL: Sí, Marc.

MARC: Como tus niños.

Las rayas lumínicas se vuelven círculos atractivos que rebotan. DÍAS FELICES. En la cabeza de Carl, algo suena.

MARC: ¿Por qué fue que me regalaste el reloj Gucci? Nunca quise tener un reloj después de todo.

CARL: Era tu cumpleaños. ¿No te acuerdas?

MARC: ¿Tendría que hacerlo?

CARL: Sí. Es lo normal, recordar los días felices.

MARC: Nunca soy feliz el día de mi cumpleaños. Bueno, de manera general no soy feliz.

CARL: Yo tampoco, pero me gusta que me regalen cosas. Antes todo era diferente.

MARC: ¿Por qué siempre antes? Cada vez es más triste.

CARL: Cierto.

MARC: Me atormenta toda esa cantidad de gente que hace cola allá afuera para ver cómo le arreglas el reloj. ¿No podrían andar sin reloj y ya? Es menos opresivo.

CARL: ¿Opresivo?

MARC: Sí.

CARL: Tranquilas.

MARC: ¿Qué dices?

CARL: Las manecillas quieren salirse.

MARC: Mátalas.

CARL: No puedo.

MARC: Te sacarán los ojos. Se han vuelto locas.

CARL: No entiendes cómo tratar las cosas.

MARC: Ni a la gente tampoco. Acaba ya con esa manifestación de rebeldía. Demuéstrales quien eres, Carl. No estés tan tranquilo. Me molesta tu tranquilidad permanente. ¿No ves que todo anda mal en esta Tierra?

CARL: ¿No quieres que arregle los relojes de la gente?

MARC: No quiero que vengan. Si pudiera pondría un cartel permanente en la puerta de *Hay perros, no pase.*

CARL: No hay ningún perro aquí, Marc.

MARC: Cómo que no. Detrás de esa puerta sí que los hay. Yo tenía un perro llamado Perro. ¿Te acuerdas de lo que hizo mi perro Perro?

CARL: No.

MARC: Enfermó de la mente. Se volvió loco.

CARL: Ya me acuerdo.

MARC: ¿Qué hizo? Era tan simpático.

CARL: No me acuerdo.

MARC: Se comió los peces de la pecera de papá. Ji, ji. Nunca supieron cómo se metió ahí. ¿Sabes algo tú?

CARL: Sí.

MARC: A ver. Te escucho.

CARL: Déjame tranquilo. No me acuerdo.

MARC: Quiero escucharte.

CARL: No diré nada.

MARC: Es porque no sabes nada, relojero, mierdero. No sabes nada. Nada.

Carl recoge sus relojes. Los coloca con esmero en un bolso mugriento. Se para y camina por la habitación desorientado llevando el bolso consigo. Vuelve a sentarse en el piso. Vuelve a sacar todos los relojes.

CARL: ¿Cómo crees que me ganaría la vida entonces si no trabajo?

MARC: Estás molesto conmigo, ¿no?

CARL: Responde.

MARC: No sé. Podrías vender cualquier cosa.

CARL: ¿Qué sentido tiene ser relojero en un mundo donde nadie necesite arreglar sus relojes?

MARC: Ninguno. Nada tiene sentido, Carl. Aunque para ti es diferente.

Tienes hijos, mujer. ¿Me estás escuchando?

CARL: Los tengo.

MARC: ¿Te gusta tu vida?

CARL: Está bien así.

MARC: ¿No quieres que esté mejor?

CARL: Hace mucho que está así.

MARC: ¿Cada día no es lo mismo para ti?

CARL: Me gusta. (*Examina un reloj cuidadosamente.*)

MARC: ¿No te aburres haciendo eso, Carl? (*Las manecillas quieren salirse.*)

¿Podrías quitarme las correas?

CARL: No.

MARC: ¿No te aburres o no vas a liberarme?

CARL: No. No.

MARC: ¿Puedes decir algo más que no?

CARL: No.

MARC: Mierda. No sé cómo puedes. Yo estoy harto de todo.

CARL: Sí.

MARC: También estás harto.

CARL: No.

MARC: Si me soltaras...

CARL: Pensé que te gustaban los relojes, Marc.

MARC: Antes. Ahora qué sentido tiene tener un reloj bonito en la muñeca, un aparatico minúsculo pero lujoso, que solo sabe torturarme con su rutina ordinaria que no se acaba nunca. ¿Alguna vez se acabará todo? Dime. ¿Lo sabes? ¿Cuánto trabajaste para comprármelo?

CARL: Bastante.

MARC: ¿Te das cuenta? Invertiste esa enorme cantidad de dinero en un reloj Gucci para mí. Eso es un lujo estúpido. Podrías haberle comprado algo a tus hijos.

CARL: Se los compraré. Mañana.

MARC: ¿Vendrán a verte mañana?

CARL: No. (*Mira la ventanita.*)

MARC: Caro.

CARL: ¿Qué pasa? Tienes un humo prieto saliéndote de la cabeza.

MARC: Excesivamente caro.

CARL: No pienses más, Marc. ¿No dices que no tiene sentido?

MARC: ¿Sabes lo que significa esa palabra?

CARL: Deberías coger un poco de Sol.

MARC: No cambies el tema. Estamos hablando del reloj. Tuve ganas de romperlo. ¿Sabes dónde está ahora?

CARL: No.

MARC: Yo tampoco. No me acuerdo. Es como si nunca hubiera existido.

CARL: ¿Y qué?

MARC: ¿No me das la razón? Fue por gusto. Todo tu sacrificio para comprarlo, por gusto. Nunca lo he usado.

CARL: No me importa.

MARC: ¿Sabes dónde está?

CARL: Te dije que no. Estás perdiendo la facultad de escuchar.

MARC: Lo guardé para no romperlo. Ahí debe seguir, en la misma gaveta donde lo puse hace años, cogiendo polvo y humedad. Como si nunca hubiera existido. ¿Te das cuenta?

CARL: ¿Qué quieres que haga?

MARC: Entender.

CARL: ¿Qué quieres que entienda?

MARC: Mi situación.

CARL: Ese reloj es tuyo. Puedes hacer con él lo que te parezca. Mi parte terminó cuando te lo di.

MARC: Eso no es entender. Estás lejos de entender.

CARL: ¿Qué quieres que entienda?

MARC: Que me daba vértigo.

CARL: ¿Vértigo?

MARC: Sí. Mareos, sudoraciones. Me deprimía sentir sus latidos. Me hacía recordar. No me gusta recordar, Carl. No me gusta. *(Intenta pararse.)*

CARL: Cálmate. Te darán las convulsiones.

MARC: No hay nada más opresivo en el mundo que recordar. Quiero tener la memoria

vacía. ¿Crees que sea posible eso?

CARL: Tal vez.

MARC: ¿De verdad crees que es posible?

CARL: Supongo que si te esforzaras un poco...

MARC: El vacío no existe Carl, ni para la memoria. Aún cuando estás muriendo sigues pensando.

CARL: ¿Entonces por qué quieres lo que no puedes tener, si sabes que no lo tendrás nunca?

MARC: No sé. Es así siempre. Cuando yo era capitán de aquel barco no descansaba ni un segundo. Tenía la cabeza llena de problemas, pero al menos viajaba.

CARL: Tú nunca fuiste capitán.

MARC: Sí lo fui.

CARL: No me acuerdo de eso. Capitán fue mi padre.

MARC: ¿Y qué era yo entonces? No tienes memoria. No puedo confiar en ti.

CARL: Vendedor de pizzas. Eso eras.

MARC: No es cierto. ¿Sabes cuántas personas me quieren en este mundo además de ti, mamá y papá?

CARL: Muchas.

MARC: Es cierto. Soy una buena persona. Pero eso no es suficiente para ser feliz.

CARL: No.

MARC: Para ser feliz, ¿sabes que hay que hacer?

CARL: No.

MARC: Hay que olvidar Carl, y yo no puedo.

CARL: Podrías intentarlo.

MARC: No puedo.

CARL: ¿Por qué dices que no puedes?

MARC: Porque es así Carl. No puedo. Hay personas que no pueden.

Tiempo.

MARC: ¿No sientes ese olor?

CARL: ¿Cuál?

MARC: A podrido.

CARL: No.

MARC: Yo sí.

CARL: Está en tu nariz. *(Por la rendija de la ventana entra una mosca. Carl la atrapa.)*

MARC: Querrás decir en mi cabeza. No puedo tener olor a podrido en la nariz porque no tengo la nariz podrida. Y en caso de que eso estuviera pasando, ¿no crees que mamá ya se habría dado cuenta?

CARL: ¿Todavía lo sientes?

MARC: Permanentemente.

CARL: Voy a abrir la ventana. Deberías coger un poco de sol.

MARC: La ventana no, por favor.

CARL: ¿Por qué no?

MARC: ¿No estaba clausurada?

CARL: No.

MARC: Pero yo te pedí que la clausuraras.

CARL: Sí, pero no lo hice.

MARC: Debiste hacerlo. ¿Por qué no lo hiciste, Carl?

CARL: Solo la cerré.

MARC: ¿Por qué quieres abrirla ahora? El olor a sal disminuirá la peste, ¿eh? ¿Es eso? Dime la verdad.

CARL: No es nada de eso Marc. Quiero que entre el Sol solamente y...

MARC: Yo no.

CARL: ... y ver si viene alguien a vernos.

MARC: Nadie vendrá hoy.

CARL: A lo mejor. Uno nunca sabe.

MARC: No, por favor. Me prometiste que no abrirías la ventana.

CARL: ¿Hasta cuándo esto? ¿Será así siempre?

MARC: Siempre, hasta que me muera. Me quemaré el pelo.

CARL: No lo vas a hacer. No tienes fosforera.

MARC: Entonces viraré la silla y me daré un golpe tan duro en la cabeza que se me saldrán los sesos. Te sentirás culpable y te pondrás peor. Nunca saldrás de aquí. Nunca. Tus niños se morirán sin conocerte.

CARL: Basta, Marc. Me pones nervioso.

MARC: No me entiendes, Carl.

CARL: ¿Que tengo que entender?

MARC: Entrarán los peces por la ventana y no quiero. Entrará el aire del mar, el sonido del mar. No lo hagas, por favor. Tengo miedo de esos fenómenos.

CARL: Quiero ver si viene alguien. Será rápido. Ella me prometió venir siempre.

MARC: No lo hagas por favor. Me haces daño. Voy a caer en shock ahora mismo.

CARL: Cállate.

MARC: Te odio. Déjame solo. Me dará una convulsión por alterarme.

CARL: Marc, me pones nervioso.

Carl comienza a ponerse catatónico. Las uñas raspan el suelo.

MARC: Vete, Carl. Si abres la ventana será como antes. Nunca más podré vivir si vuelvo a sentir ese olor, si recuerdo.

Carl habla, pero nada se escucha.

MARC: Di algo. No puedo creer que te hayas ido. Por favor, responde. No me dejes solo. O es que acaso tú también te suicidaste. Responde, Carl. Carl.

Los enfermeros regresan a Carl al cuarto. Marc lo siente.

MARC: Carl, ¿seguimos vivos?

CARL: Sí.

MARC: ¿Qué lugar es este?

CARL: Estás a salvo. Dios te ama.

MARC: Tuve una pesadilla.

CARL: ¿Sí?

MARC: ¿Estás seguro de que estamos vivos?

Carl le tira un pedazo de reloj. Le da en la cabeza.

MARC: Auxilio. Se nos cae el techo. Nos hundimos. Apúrate, animal.

CARL: Fui yo.

MARC: No entiendes. Esto se está acabando ya.

CARL: Fui yo. Te tiré un reloj.

MARC: ¿Por qué? ¿Ya no me respetas?

CARL: Era para que vieras que estás vivo.

MARC: Carl, los peces son culpables.

CARL: ¿De qué?

MARC: De todo. No te vayas por favor. Tengo mucho miedo de estar solo.

CARL: No me voy, pendejo.

MARC: El suelo se está hundiendo, Carl.

CARL: El suelo no se está hundiendo.

MARC: Sí, Carl.

CARL: Yo no siento nada.

MARC: Nunca sientes nada. Siempre estás en el Limbo, estúpido mono.

CARL: No me ofendas. Te dejaré solo.

MARC: No por favor. No te vayas. Somos hermanos de sangre. ¿Recuerdas?

Los hermanos siempre están juntos aunque peleen. Tú tienes que cuidarme. Estás mejor

que yo, y que todos los de afuera. Eres un hombre bueno.

CARL: Pronto me darán de alta.

MARC: Sí. Pronto. Estás mejor. Ya no tienes convulsiones. Tu mujer vendrá mañana. Tu cara debe estar sonriente cuando llegue, aunque estés deprimido. No se te olvide eso.

CARL: No estoy deprimido. Son los nervios.

MARC: Trata de hablar de cosas bonitas. No le digas cómo es este lugar. No te creerá si le cuentas todo lo que nos han hecho esos imbéciles. Mucho menos lo de las paredes. No le digas que no necesito fuego para quemarme los pelos, ni ojos para ver lo que pasa. Yo sé todo lo que pasa.

CARL: No. Tengo que decírselo a la policía.

MARC: No seas tonto, Carl. Ella no te creerá porque fue ella quien te trajo para que te pusieras mejor. Nadie confía en los pacientes. Que no se te olvide lo que te he dicho. Cuando estás loco, estás loco para siempre. Ríete de todo. ¿Entendiste? De todo.

Carl ensaya la risa. Se mira en el cristal de uno de sus relojes.

MARC: Carl. ¿Me lees algo?

CARL: No hay nada que leer.

MARC: Qué lástima.

CARL: Ah, sí. Acá tengo un trozo de periódico.

MARC: Otra cosa.

CARL: ¿La última carta que te llegó?

MARC: ¿De quién era?

CARL: No decía.

MARC: No, no, mejor no leas nada. Debes estar cansado. Trabajas mucho. Haz reposo para recibir a tu mujer. Te admiro. No. Te envidio. Eso, Carl. Lo sabías ya, ¿eh? Pero no tengas miedo de mi envidia. Soy tu hermano. No haré nada en tu contra. Eres bueno, Carl. Yo no le hago daño a nadie. Lo sabes ¿eh? Solo me doy golpes.

CARL: Quiero leerte la carta. Ese día no tuviste convulsiones.

MARC: No leas nada te dije. Es mejor así.

CARL: ¿Así cómo?

MARC: Silencioso.

CARL: ¿Quieres que me vaya con los perros?

MARC: No, por favor. Estoy muy triste. Quiero solo que estés ahí. Debes estar cansado. ¿Estás cansado Carl?

CARL: No.

MARC: Pero trabajas mucho. Deberías estar con tus hijos ahora, cuidando de ellos, no aquí. Si no hubieras trabajado tanto no estuvieras en este lugar.

CARL: Ellos están bien sin mí. No les sirvo de nada.

MARC: Estoy seguro de que ahora mismo quisieras irte de aquí y abrazarlos, oler sus cuerpos tibios de niños. ¿No es cierto?

CARL: Seguro están grandísimos. Dice mamá que se parecen a mí. Es bueno todo lo que mamá nos dice.

MARC: Yo sé que no te gusta este cuarto Carl, el olor a podrido, a orine. A nadie le gusta entrar aquí.

CARL: Cállate. Me estás atormentando. Tengo que terminar de arreglar esto.

MARC: ¿Qué haces?

CARL: Lo de siempre.

MARC: No trato de atormentarte, Carl. Lo último que quiero en el mundo es que te canses de escucharme. Si tú no me escuchas, nada me queda.

CARL: ¿Sientes ese olor?

MARC: A podrido.

CARL: No, Marc, a ropa limpia.

MARC: Huele a podrido. No inventes. Di que tú también sientes lo que yo siento.

CARL: Qué rico.

MARC: Espera un momento. Tienes razón.

CARL: ¿Lo sientes ahora?

MARC: Sí. ¿Ves que estás mejor? Pronto te darán de alta.

CARL: Sí. Pronto me darán de alta Marc y veré a mis niños. ¿Sabrán que los extraño?

Tiempo.

MARC: Carl, Carl, Carl. (*Muy agitado.*)

CARL: Aquí.

MARC: Dime si estoy vivo.

CARL: Sí, Marc.

MARC: ¿Totalmente vivo?

CARL: Estamos igualmente vivos.

MARC: No es cierto. Algo me falta, Carl para estar vivo de verdad. No entiendes. ¿Por qué no acabo de morirme? Dime.

CARL: Es difícil.

MARC: ¿Qué cosa?

CARL: Es difícil. (*Mira la ventana.*)

MARC: ¿Qué cosa es difícil?

CARL: Trabajar tranquilo contigo haciendo preguntas todo el tiempo.

MARC: No es difícil, Carl. A veces puedo preguntar sin que sea necesario que me des una respuesta. Podrías quedarte en silencio y ya. Por mi está bien escuchar tu silencio. Estaría muy bien. No te reprocharía nada. Pensaría que estás dormido o que te dieron de alta.

CARL: Quiero abrir la ventana.

MARC: ¿Estás molesto? Dime.

CARL: No. Solo voy a abrir la ventana aunque grites.

MARC: Entrará el agua del mar. También vas a morir si no me haces caso.

CARL: Mentira. Quiero que entre el Sol.

MARC: No hay más Sol.

CARL: Mentira.

MARC: No es mentira Carl.

CARL: Sí lo es.

MARC: Estás pensando en ti. No sabes lo que va a pasar si abres la ventana.

Hay cosas que no te he dicho.

CARL: Nada. No va a pasar nada.

Marc tiene una convulsión. Carl se tapa los oídos. Corre a la puerta y trata de abrirla. No puede. Comienza a golpearla. Se pone mal.

CARL: Marc despierta. Marc. Marc.

MARC: No grites.

CARL: No grité.

MARC: ¿Por qué me llamas? ¿Pasó algo?

CARL: No grites tú, por favor.

MARC: ¿Estaba gritando? No lo sabía.

CARL: Sí, como si te doliera la cabeza.

MARC: Tuve una pesadilla.

CARL: Fue la convulsión.

MARC: Me duele mucho la cabeza. Otra vez siento caracoles.

CARL: Trata de dormirte. Estarás mejor.

MARC: Huele mal aquí adentro. Estoy escuchando cosas. Se acerca, Carl.

CARL: ¿Qué cosa? No me pongas nervioso.

MARC: La hora de la cena.

CARL: ¿Qué cena?

MARC: Allá abajo. ¿Qué crees que hacen aquí cuando no pueden más con nosotros o cuando morimos? ¿Estás claro de eso? Este es un hogar para locos. No seas tonto. Pronto me tirarán a mí también.

CARL: Falsos comentarios. Nos dan comida todos los días, pastillas.

MARC: Para que no hablemos. Es la mejor forma. Adentro de los platos meten dispositivos para hacernos cada vez más tontos. Pronto acabará todo. Vendrá Dios

CARL: ¿Pronto?

MARC: Lo sé, Carl. Las voces nunca se equivocan. Si te quedas acabarás como yo, dándote golpes y arrancándote los pedazos con los dientes, convulsionando cada hora por la fiebre hasta que te lancen por la ventana. Muerto o casi muerto. Aprovecha mañana y huye. Ve hacia tus hijos.

CARL: Buscaré una forma de sacarte cuando esté allá afuera.

MARC: ¿Es ya de noche?

CARL: Todavía.

MARC: Te admiro. Pero no te esfuerces en rescatarme. Huele mal. ¿No lo sientes?

CARL: No.

MARC: Te empeñas en no sentirlo. Me estoy muriendo.

CARL: Huele a sábanas limpias mi hermano.

MARC: ¿Mamá aún no ha venido?

CARL: No. Parece que ya no vendrá.

MARC: Volveré a dormirme.

CARL: Dulces sueños entonces.

MARC: No te escuché bien.

CARL: Dije dulces sueños entonces. Solo eso.

MARC: Gracias Carl, ¿pero de verdad crees que sea posible? Siempre tengo pesadillas y dolores.

CARL: A lo mejor ahora no.

MARC: Te equivocas.

CARL: ¿Será así siempre?

MARC: No sé.

Tiempo.

MARC: Carl. ¿He dormido demasiado hoy?

CARL: Un poco.

MARC: Entonces no dormiré más. ¿Qué estás haciendo?

CARL: Ya sabes.

MARC: ¿El mismo todavía?

CARL: No, otro.

MARC: Oye, Carl.

CARL: Dime.

MARC: ¿Por qué no me desamarras?

CARL: Así estás a salvo. No puedes caminar.

MARC: ¿Escuchas eso? Escucha. Ahí vienen. Dame un abrazo querido Carl.

CARL: ¿Quiénes?

MARC: Shh. No digas nada por favor.

CARL: ¿Quiénes vienen?

MARC: Silencio, Carl. Pueden confundirte conmigo si hablas demasiado.

CARL: No.

MARC: Sí. Sé lo que te estoy diciendo.

CARL: ¿De qué hablas, Marc? No entiendo.

MARC: Esas son las mismas pisadas que escuché la otra noche. Pisadas de enfermeros que se volvieron locos o de locos vestidos de enfermeros. No sé bien.

CARL: No entrarán aquí.

MARC: Pueden hacerlo. Tienen llave.

CARL: No lo harán.

MARC: Los perros están ladrando. Están asustados.

CARL: No escucho nada de eso. ¿Es por mi memoria?

MARC: ¿Ya es de noche?

CARL: Creo que sí.

MARC: Acuéstate cerca de mí. Apúrate, Carl.

CARL: No tengas miedo.

MARC: No tengo miedo.

CARL: No tengas miedo.

MARC: Si intentan llevarte huye. Corre con todas tus fuerzas hacia el Norte.

CARL: ¿Y tú?

MARC: Vienen por mí. Es el fin. Al fin se acabará todo. Me asusta pero lo quiero. Dios...

CARL: No puede ser. Este es un lugar bueno, Marc. Aquí nos curan la cabeza. Esta es nuestra casa.

MARC: He tenido muchas convulsiones por estos días. Cada vez que me bajan a la salita de estrellas quiero morirme. Dicen que es por mi bien, pero mentira. La corriente en exceso es mala. Duele. Duele demasiado. La sangre se me escapará del cuerpo en cualquier momento. Ellos no quieren que haya evidencias de su asesinato, por eso me llevarán ahora. Shh.

Carl se tapa los ojos, los oídos y llora en silencio. Corre a la ventana y la abre. Saca los brazos por las rejas. Intenta sacar la cabeza también pero está demasiado estrecho.

CARL: ¿Qué hacemos?

MARC: Nada. Recuerda reír cuando vengan a verte.

Pasos de los enfermeros que se acercan. Carl le quita las correas a Marc, que ha empezado a convulsionar. Lo carga y le da golpes contra la pared.

CARL: Despierta, Marc. Nadie vendrá a llevarte. Despierta. A lo mejor es mamá que viene a vernos. Ya es hora de su visita. Mamá está viva, Marc. No creas en esos sueños. No tengas miedo. Yo te digo la verdad. Los enfermeros son los que mienten. Créeme a mí que soy tu hermano, tu Carl querido. Estarás muy feliz cuando despiertes. Estoy seguro. Te crecieron las piernas de nuevo. A lo mejor nunca la perdiste. A lo mejor solo se te olvidó que las tenías.

Más pasos de enfermeros. Carl continúa golpeando a Marc contra la pared, descontrolado. Los enfermeros abren la puerta. Carl ríe y suelta a Marc. Abajo crece un charco de sangre.